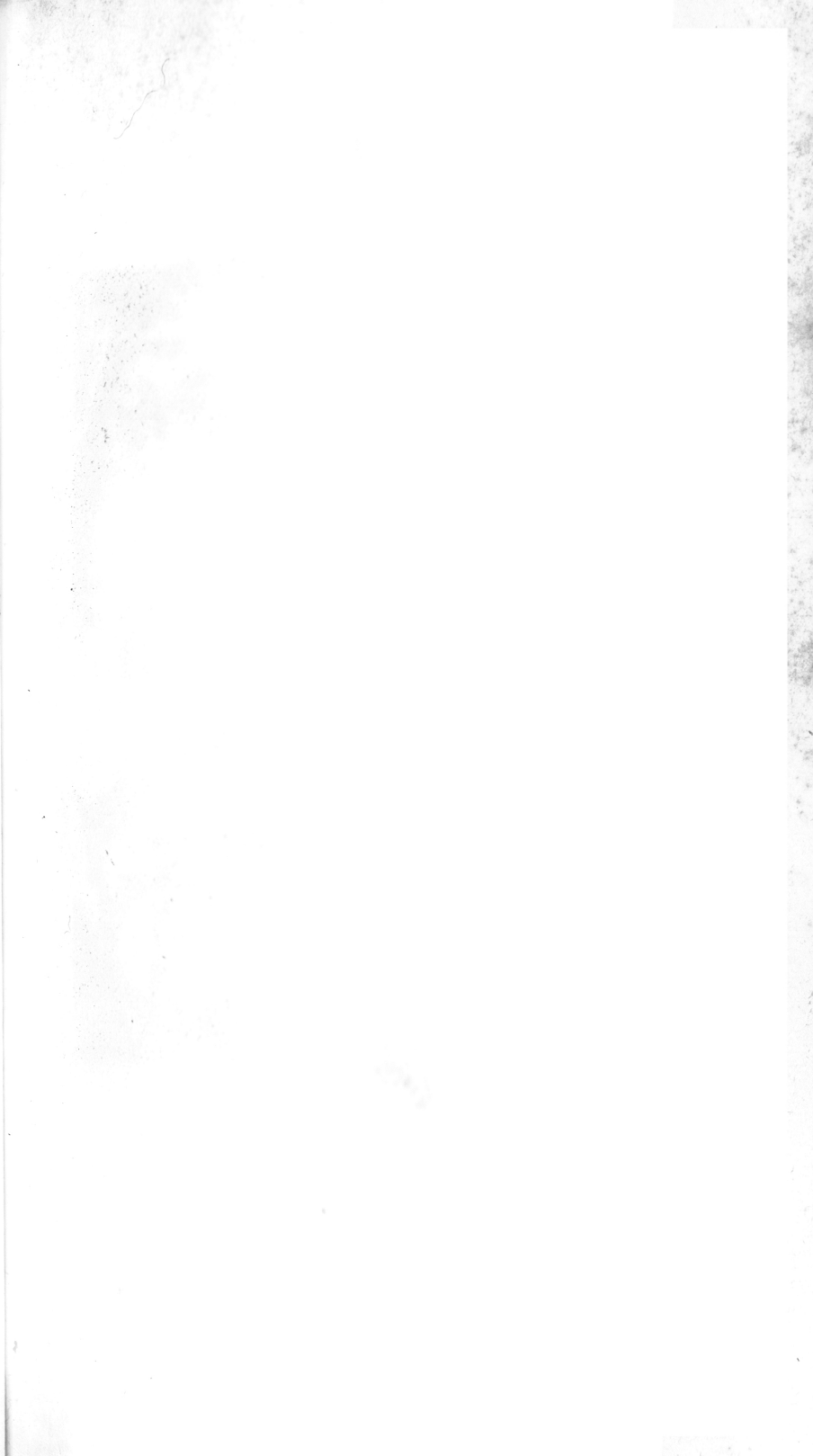
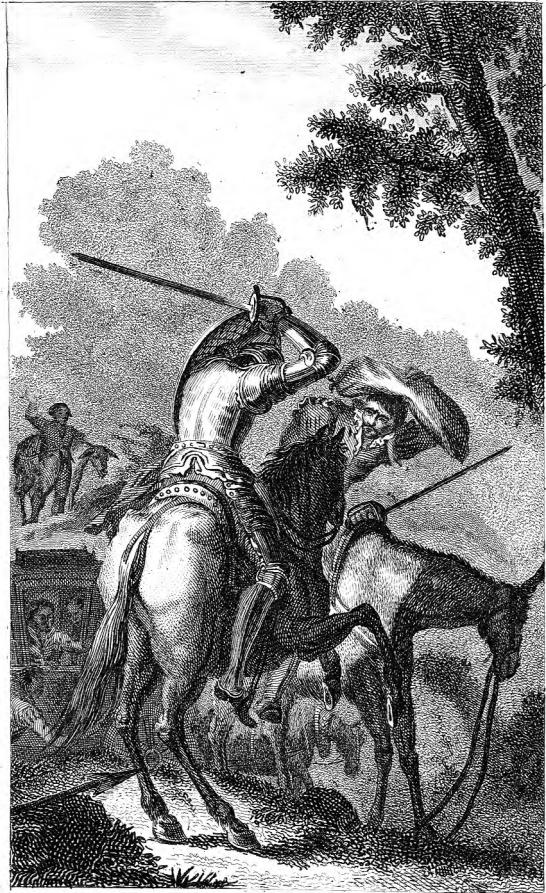


ter y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de D. Quijote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje á mi casa, dondo en poco mas de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de D. Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta: tenia á los pies escrito el vizcaino un título que decia: *D. Sancho de Azpeitia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *D. Quijote*: estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante: junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del cual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y asi me parece á mí; pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor ni la aficion no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas





W. H. P.

apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor antes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traducion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fue á descargar el golpe fue el colérico vizcaino, el cual fue dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvésele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego viéndose parar de aquella manera! No se diga mas sino que fue de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas las espada en las dos manos con tal furia descargó sobre el vizcaino acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos coreovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como lo vió caer saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, si no que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal segun estaba ciego D. Quijote si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual D. Quijote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedis; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte

ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que D. Quijote pedia y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra yo no le haré mas daño, puesto me que lo tenia bien merecido.

CAPITULO X.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó y le dijo: sea vuestra merced servido, señor D. Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió D. Quijote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas sino de incrujadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que alli junto estaba. Seguiale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras le fue forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hizolo asi D. Quijote teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó maltrecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la santa Hermandad y nos prendan, y á fe que si lo hacen que primero

que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo. Calla, dijo D. Quijote; ¿dónde has visto tú ó leído jamas que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno; solo sé que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió D. Quijote, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leído ninguna historia jamas, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que vuestra merced yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien escusado, respondió D. Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así cuando yo le haga y te le dé no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza antes que la sangre se hiele la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajallo igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verasme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió D. Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió D. Quijote, que

mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte : y por ahora curémonos , que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento ; mas cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada pensó perder el juicio , y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo : yo hago juramento al criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios , donde mas largamente estan escritos , de hacer la vida que hizo el grande marques de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos , que fue de no comer pan á manteles , ni con su muger folgar , y otras cosas , que aunque dellas no me acuerdo las doy aqui por expresadas , hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho le dijo : advierta vuestra merced , señor D. Quijote , que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso , ya habrá cumplido con lo que debia , y no merece otra pena si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien , respondió D. Quijote , y asi anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza ; pero hágole y confirmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero ; y no pienses , Sancho , que asi á humo de pajas hago esto , que bien tengo á quien imitar en ello , que esto mismo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino , que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos , señor mio , replicó Sancho , que son muy en daño de la salud , y muy en perjuicio de la conciencia : si no digame ahora , si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿ qué hemos de hacer ? ¿ hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido , y el no dormir en poblado , y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marques de Mantua , que vuestra merced quiere revalidar ahora ? mire vuestra merced bien que por todos estos caminos no andan hombres armados , sino arrieros y carreteros , que no solo no traen celadas , pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en eso , dijo D. Quijote , porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas , cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella. Alto pues , sea asi , dijo Sancho , y á Dios prazga que nos suceda bien , y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta , y muérame yo luego. Ya te he dicho , Sancho , que no te dé eso cuidado alguno , que cuando faltare ínsula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa , que te vendrán como anillo

al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pera dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Qué mal lo entiendes, respondió D. Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: asi que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aqui adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó D. Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas que hallaban por los campos que ellos conocian y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traia comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anochebiese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y asi determinaron de pasarla allí: que cuanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar

á poblado, fue de contento para su amo dormirla al cielo descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballeria.

CAPITULO XI.

De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fue tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á D. Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse D. Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuan á pique estan los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pie y á mis solas como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean

de mas cómodo y provecho ; que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza ; y asiéndole por el brazo le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo ya lleno ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados ; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia : aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra ; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura

de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen , sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas , con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanias con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía , sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude , el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés , que tanto ahora la menoscaban , turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez , porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban , como tengo dicho , por donde quiera , solas y señoras , sin temor que la agra desentendura y lascivo intento las menoscabasen , y su perdicion nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna , aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta ; porque allí por los resquicios ó por el aire con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia , y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad , andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia , se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas , amparar las viudas , y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta órden soy yo , hermanos cabreros , á quien agradezco e agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero : que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes , todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes , es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dijo nuestro caballero , porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada ; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros , que sin respondelle palabra embobados y suspensos lo estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comía bellotas , y visitaba muy á menudo el segundo zaque , que porque se enfriase el vino le tenían colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar D. Quijote que en acabarse la cena , al fin de la cual uno de los cabreros dijo : para que con mas veras pueda vuestra merced decir , señor caballero andante , que le agasajamos con pronta y buena voluntad , queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí , el cual es un

zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dijo : de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huesped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música : hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos ; y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo ; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar diciendo desta manera :

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.

Porque sé que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalanzase el señuelo
Mi fe, que nunca ha podido
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortalecen mi partido.

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

Porque si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
Andan un mismo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
Ni las músicas te pinto
Que has escuchado á deshoras
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dijo:
Tal piensa que adora un angel,
Y viene á adorar á un gimio:

Merced á los muchos diges
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojóse;
Volvió por ella su primo:
Desafióme, y ya sabes
Lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la iglesia,
Que son lazadas de sirgo;
Pon tu cuello en la gamella,
Verás como pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro
Por el santo mas bendito
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque D. Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oír canciones. Y así dijo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió D. Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No

lo niego, replicó D. Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase, y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándose las á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y asi fue la verdad.

CAPITULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote.

Estando en esto llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo: ¿sabeis lo que pasa en el lugar, companeros? ¿Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dijo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; á lo menos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque que no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atri-

buyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro día me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y D. Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel, y qué pastora aquella. A lo cual Pedro respondió, que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leído. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan alla en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote. Mas Pedro no reparando en niñerías prosiguió su cuento diciendo : asimesmo adivinaba cuándo habia de ser el año abundante ó estil. Estéril que-reis decir, amigo, dijo D. Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles : sembrad este año cebada, no trigo ; en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada ; el que viene será de guilla de aceite, los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrologia*, dijo D. Quijote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábase de decir como Grisóstomo el difunto fue grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros : de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto ; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender que el haberse mudado de trage no habia sido por otra cosa

que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza; quizá y aun sin quizá no habreis oido semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replicó D. Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad amigo, dijo D. Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra; y proseguí vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fue la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchaca y rica en poder de un tio suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y asi fue, que cuando llegó á edad de catorce á quince años nadie la miraba que no bendicia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con esto todo la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que asi por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera caşarla luego, asi como la via de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangeria que le ofrecia el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y á fe que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo

para mí, que debia de ser demasidamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Asi es la verdad, dijo D. Quijote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contaís con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabreis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas dejaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y asi como ella salió en público, y su hermosurase vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuantos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquivia de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y asi no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviédeses, señor, algun dia, veria des resonar estas sierras y estos valles con los lamen-

tos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si mas claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embebecido y trasportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana; y cual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destes, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y asi os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dijo D. Quijote, y agradezcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. O! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dijese: y por ahora bien será que os vais á dormir debajo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hizolo asi, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á cozes.

CAPITULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á D. Quijote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano : venian con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y asi comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo hablando con su compañero le dijo : parece me, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso segun estos pastores nos han contado estrañezas, asi del muerto pastor, como de la pastora homicida. Asi me lo parece á mí, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores; y que por haberles visto en aquel tan triste trage les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera : que uno dellos se lo contó, contando la estrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á D. Quijote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió D. Quijote : la profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra

manera : el buen paso , el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos ; mas el trabajo , la inquietud y las armas solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes , de los cuales yo , aunque indigno , soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto cuando todos le tuvieron por loco ; y por averiguarlo mas , y ver qué género de locura era el suyo , le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. ¿ No han vuestras mercedes leído , respondió D. Quijote , los anales é historias de Ingalaterra donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo , que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artus , de quien es tradición antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña , que este rey no murió , sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo , y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro ; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun ingles muerto cuervo alguno ? Pues en tiempo de este buen rey fue instituida aquella famosa orden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda , y pasaron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de D. Lanzarote del Lago con la reina Ginebra , siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona , de donde nació aquel tan sabido romance , y tan decantado en nuestra España de :

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino ,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fue aquella orden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo ; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion , y el valeroso Felixmarte de Hircania , y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco , y casi que en nuestros dias vimos y comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero D. Belianis de Grecia. Esto pues , señores , es ser caballero andante , y la que he dicho es la orden de su caballería , en la cual , como otra vez he dicho , yo aunque pecador he hecho profesion , y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo , y asi me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras , con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me deparare en ayuda de los

flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio y de género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recibían todos aquellos que de nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dijo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución los que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir ni me pasa por pensamiento que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen porqué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les fatalran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedarán bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifesto peligro de perder la vida,

nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es que muchas veces he leído que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la colera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo; y luego sin mas ni mas á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas; y lo que suele suceder del encuentro es que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo no pudiera dejar de venir al suelo; y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso de esta tan acelerada obra: mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose á su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano: cuanto mas que yo tengo para mí que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leído que D. Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo

esto no fue tenido en menos, y fue un muy valiente y famoso caballero. A lo cual repondió nuestro D. Quijote: señor, una golondrina sola no hace verano, cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian era condicion natural, á quien no podía ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como D. Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aqui dió un gran suspiro D. Quijote y dijo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual repondió D. Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno tal, que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando,

que decia : *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo , respondió el caminante , no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha , puesto que para decir verdad semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replcó Don Quijote. Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro D. Quijote. Solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad , sabiendo él quien era , y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso , porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian bajaban hasta veinte pastores , todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaladas que á lo que despues pareció eran cual de tejo y cual de cipres. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros dijo : aquellos que alli vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo , y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar , y fue á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego D. Quijote y los que con él venian se pusieron á mirar las andas , y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor del tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y asi los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron dijo á otro : mirá bien , Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Alli me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y alli fue tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y alli fue la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí en memoria de tantas des-

dichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes prosiguió diciendo : ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fue único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido; adoró, fue desdenado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la cual dió fin una pastora á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usareis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño; pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecucion lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; antes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que estan por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado, y asi de curiosidad y de lástima dejamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oïllo; y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, ó discreto Ambrosio, á lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar esto papeles, me dejes llevar algunos

dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban : viendo lo cual Ambrosio dijo : por cortesía consentiré que os quedeis, señor, con las que ya habeis tomado; pero pensar que dejaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por título : *Cancion desesperada*. Oyólo Ambrosio y dijo : ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leelde de modo que seais oido, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara vió que así decia.

CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,

Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza ;

Y al par de mi deseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.

Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable :

Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

El sensible arrullar, el triste canto
 Del invidiado buho, con el llanto
 De toda la infernal negra cuadrilla,
 Salgan con la doliente ánima fuera,
 Mezclados en un son de tal manera
 Que se confundan los sentidos todos,
 Pues la pena cruel que en mí se halla,
 Para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
 Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
 Ni del famoso Betis las olivas :

Que allí se esparcirán mis duras penas
 En altos riscos y en profundos huecos,
 Con muerta lengua y con palabras vivas ;

O ya en oscuros valles, ó en esquivas
 Playas desnudas de contrato humano,
 O adonde el sol jamas mostró su lumbre,
 O entre la venenosa muchedumbre
 De fieras que alimenta el Nilo llano :

Que puesto que en los páramos desiertos
 Los ecos rancos de mi mal inciertos
 Suenen con tu rigor tan sin segundo,
 Por privilegio de mis cortos hados,
 Serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia
 O verdadera ó falsa una sospecha :

Matan los zelos con rigor mas fuerte ;

Desconcierta la vida larga ausencia ;
 Contra un temor de olvido no aprovecha
 Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte :

Mas yo ; milagro nunca visto ! vivo
 Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
 De las sospechas que me tienen muerto :
 Y en el olvido en quien mi fuego avivo,

Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
 Mi vista á ver en sombra á la esperanza :

Ni yo desesperado la procuro ;

Antes por extremarme en mi querella,

Estar sin ella eternamente juro.

¿ Puédese por ventura en un instante

Esperar y temer, ó es bien hacello,

Siendo las causas del temor mas ciertas ?

¿ Tengo, si el duro zelo está delante,

De cerrar estos ojos, si he de vello

Por mil heridas en el alma abiertas ?

¿ Quién no abrirá de par en par las puertas

A la desconfianza, cuando mira

Descubierto el desden, y las sospechas,

¿ O amarga conversion ! verdades hechas,

Y la limpia verdad vuelta en mentira ?

¿ O en el reino de amor fieros tiranos

Zelos ! ponedme un hierro en estas manos,

Dame, desden, una torcida sogá :
 ; Mas ay de mí ! que con cruel vitoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin ; y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 Pertinaz estaré en mi fantasía.

Diré que va acertado el que bien quiere,
 Y que es mas libre el alma mas rendida
 A la de amor antigua tiranía.

Diré que la enemiga siempre mia
 Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
 Y que su olvido de mi culpa nace,
 Y que en fe de los males que nos hace
 Amor su imperio en justa paz mantiene :

Y con esta opinion y un duro lazo,
 Acelerando el miserable plazo
 A que me han conducido sus desdenes,
 Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
 Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras
 La razon que me fuerza á que la haga
 A la cansada vida que aborrezco :

Pues ya ves que te da notorias muestras
 Esta del corazon profunda llaga,
 De como alegre á tu rigor me ofrezco :

Si por dicha conoces que merezco
 Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turbe, no lo hagas,
 Que no quiero que en nada satisfagas
 Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta
 Descubre que el fin mio fue tu fiesta.
 Mas gran simpleza es avisarte desto,
 Pues sé que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
 Tántalo con su sed, Sisifo venga
 Con el peso terrible de su canto ;

Ticio traiga su buitres, y ansimismo
 Con su rueda Egion no se detenga,
 Ni las hermanas que trabajan tanto.

Y todos juntos su mortal quebranto
 Trasláden en mi pecho, y en voz baja
 (Si ya á un desesperado son debidas)
 Canten obsequias tristes, doloridas
 Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros,
 Con otras mil quimeras y mil monstruos
 Lleven el doloroso contrapunto,
 Que otra pompa mejor no me parece
 Que la merece un amador difunto.

Caucion desesperada, no te quejes

Cuando mi triste compañía dejes;
 Antes pues que la causa do naciste
 Con mi desdicha aumenta su ventura,
 Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela : á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo : para que, señor, os satisfagais desa duda, es bien que sepais que cuando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, asi le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Asi es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fue que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio cuando con muestras de ánimo indignado le dijo : ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obederte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuan fuera de razon van to-